

La Retórica, fundamento de la ciudadanía y de la formación escolar en la sociedad moderna¹

José Luis RAMÍREZ

Recibido: 10 de mayo de 2008.
Aceptado: 5 de agosto de 2008.

RESUMEN

El presente artículo no trata de analizar procesos o estructuras, como es habitual en la Ciencia Política, sino de dilucidar aquello que, según Aristóteles, hace posible y es constitutivo de la vida política del ciudadano. La Política en Aristóteles es resultado de una prudencia y ciencia arquitectónica. Y el instrumento generador de esa arquitectura es el lenguaje. El uso de ese instrumento social de carácter fundamental para la constitución de una sociedad humana y de su organización política se denomina Retórica. Un instrumento es un medio de obtener formas y fines determinados, pero cuando el instrumento adquiere un carácter fundamental deja de ser un simple medio para nuestros fines, determinando incluso el fin y la estructura que está por elaborar. Y esa instrumentalidad que nos dirige y orienta corre el riesgo de pasarnos totalmente inadvertida, formando parte de lo inconsciente colectivo. Considerando la Retórica como el uso consciente del lenguaje, quiere el autor reivindicar el valor de una consciencia retórica sin la cual no es posible la coordinación de la acción de todos y la de cada uno en una comunidad social y política.

PALABRAS CLAVE

Retórica, aristotelismo, teoría del conocimiento y del lenguaje.

ABSTRACT

This article does not involve an attempt to analyze processes or structures, as is common in political science. Instead, we will seek to discover what, according to

¹ Las ideas presentadas en este texto corresponden a la alocución hecha el 2 de abril de 2007 en la Universidad Ivan Franko de Lviv (Ucrania), por invitación del Centro de Humanidades de dicha universidad.

Aristotle, enables and composes the political life of the citizen. Aristotle presents politics as the result of an architecture of prudence and science; the instrument that generates that architecture is language. The use of this social instrument, fundamental for the establishment of human society and its political organization, is what we know as Rhetoric. An instrument is a manner of achieving specific forms and goals, but when the instrument acquires a fundamental nature, it no longer functions simply as a means of attaining goals, and actually takes on the role of determining the end and the structure that is being developed. This instrumentality that directs and orients us can also at times remain unnoticed, as part of the collective subconscious. Considering Rhetoric as the conscious use of language, the author seeks to emphasize the value of rhetorical consciousness, which is essential in the coordination of action for each and every member of a social and political community.

KEY WORDS

Rhetoric, Aristotelianism, Theory of knowledge and of language.

Los razonamientos, que no enseñanzas, aquí desarrollados, son el resultado de un largo viaje socio-existencial, de tarea continua, que comenzó en España en los años cincuenta (cuando obtuve el título de Maestro de Enseñanza Primaria), seguido de estudios de licenciatura en filosofía en la Complutense, de varios años más pasados en Alemania (principalmente en la Universidad de Marburgo), para desembocar en los países nórdicos, donde he vivido más tiempo que en ningún otro lugar y donde defendí mi tesis doctoral, dedicándome desde entonces a la labor docente universitaria.

Mi punto de partida es la convicción de que todo conocimiento auténtico es personal y viene de dentro de uno mismo, de la propia experiencia, aun cuando esto no pueda hacerse sin ayuda exterior. No comulgo con la idea del filósofo autodidacto. Con ayuda exterior damos a luz nuestro conocimiento, articulándolo y desarrollándolo con miras a la claridad y la consecuencia. En términos socráticos recibe esta ayuda el nombre de *mayéutica*, que en griego designa la tarea de la partera o comadrona, y la herramienta para ello es esa actividad que diferencia al ser humano de otros animales: el *lenguaje*.

EL SER HUMANO COMO SER SOCIAL Y RETÓRICO

En su *Política* describe Aristóteles al ser humano de un modo que, a mi juicio, es inmejorable:

El hecho de que el ser humano sea un animal social en mayor grado que la abeja o que cualquier otro animal gregario, tiene una explicación evidente. Es común afirmar que la naturaleza no hace nada en vano y el ser humano es el único que tiene *lógos*. Pues mientras la voz pura y simple es expresión de dolor o placer y es común a todos los animales, cuya naturaleza les permite sentir dolor o placer y la posibilidad de dárselo a conocer unos a otros, el *lógos* sirve para manifestar lo que es conveniente y lo que es perjudicial, así como lo que es justo o injusto. Pues esto es lo que caracteriza al ser humano, distinguiéndole de los demás animales: el hecho de poseer en exclusiva el sentido del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, y de los demás valores. Y la participación en común de éstas cosas es constitutiva de la familia y de la comunidad local².

Alude el filósofo al ser humano como “animal social”. Muchos utilizan, al pie de la letra, la expresión “animal político”, ya que Aristóteles escribe en griego: *politikon zoon*. Pero el término griego, que procede de *polis* (*sociedad urbana, ciudad*), significa propiamente, en sentido moderno, “social” y no “político”. Sin esta pertenencia a una comunidad social el ser humano no sería un ser “humano”. Pero decir que el ser humano es un “animal social” no es tampoco una definición del ser humano, como algunos pretenden. Se cita a menudo a Aristóteles sin haberlo leído. El ser humano es sólo *un* animal social entre otros, no *el* animal social. Otros animales gregarios viven también en estrecha dependencia de sus congéneres y son, por lo tanto, también animales sociales. Aristóteles menciona a las abejas, a causa de su vida colectivamente regulada, con reparto de tareas y organización funcional. Podría quizá decirse que ningún animal es más social que el perro, amigo fiel del ser humano. Pero la sociabilidad humana es —según Aristóteles— de un carácter *especial*.

La relación de convivencia, tanto entre los animales gregarios como entre los seres humanos, se basa en la comunicación, en la posibilidad de dar a conocer unos a otros lo que sentimos dentro de nosotros mismos. La capacidad intercomunicativa es, por lo tanto, algo que el ser humano y el animal tienen en común. Pero lo que diferencia la comunicación humana de la de otros animales es su competencia en el uso de ese específico instrumento que es el lenguaje: la palabra. Con ayuda del lenguaje nos hacemos conscientes a nosotros mismos y

² ARISTÓTELES, *Política*, 1253a, 7ss.

hacemos conscientes a los demás de la presencia y sentido de la realidad que nos rodea. Y lo hacemos de tal manera que nos permitimos juzgar lo que es bueno o malo, conveniente o perjudicial, como dice Aristóteles.

La cita aristotélica aludida expresa sin embargo una manera de entender al ser humano, no solamente como un animal sometido al signo, sino también como capaz de entender lo que es un signo. Los otros animales gregarios se comunican también con ayuda de ciertos signos. El ser humano sólo puede entender algo a través de otro “algo” (que es su signo). Pero solamente él es capaz de entender que lo que usa son justamente signos. Por eso, el ser humano puede calificarse de “animal retórico”. Solamente podemos dar expresión a lo que sentimos haciendo uso de la palabra, completada con otros signos expresivos y gestos. Estamos supeditados al uso de signos y somos conscientes de lo que es un signo y podemos utilizarlo conscientemente, aunque no siempre lo hagamos. La necesidad del uso de un instrumento, cuando se es consciente de ello, supone también la posibilidad de actuar y elegir.

La misma elección de una acción u otra, el uso de un instrumento u otro, es “significativo” de algo. Conocemos a los seres humanos, su personalidad, por las obras y expresiones que eligen. Pero solamente siendo conscientes de lo que expresamos podemos dominar nuestro lenguaje, lo mismo que la consciencia de lo que hacemos nos permite dominar nuestra conducta. Aun cuando no faltan nunca expresiones instintivas e inconscientes.

NUESTRA HERENCIA CONCEPTUAL

Aristóteles vino a significar mucho para la formación de nuestros conceptos científico-filosóficos modernos y para nuestro entendimiento de la realidad. Fue él quien dio nombre a los conceptos básicos que han dominado la evolución de nuestro pensamiento hasta el día de hoy. Una serie de términos están tan arraigados en nuestra mente que no advertimos, al usarlos, su procedencia aristotélica. Hablamos a menudo de “teoría”, de “práctica”, de “análisis” y otras cuestiones parecidas, sin reflexionar ni preguntarnos de dónde nos han venido esos conceptos y qué sentido tenían originariamente esas palabras, o si las usamos siempre en el mismo sentido. Los antiguos chinos carecían, según François Jullien³, de la palabra y el concepto de “teoría”; y sin embargo supieron desarrollar sus conocimientos técnicos en muchos sectores que permanecieron ignorados para los griegos.

³ François JULLIEN, *La propension des choses. Pour une histoire de l'efficacité en Chine*, Seuil, Paris, 1992.

La palabra que utiliza el filósofo griego para dar nombre a la herramienta comunicativa humana es la de *logos*, un término que ha originado el término moderno “lógica” y que además figura como sufijo expresivo de diversas ciencias y de otros conocimientos sistemáticamente organizados (bio-logía, antropológia, geo-logía, pato-logía, etc.). El término griego *logos* tenía, sin embargo, un significado más amplio que lo que entendemos hoy por él. *Logos* significa no sólo “pensamiento”, sino también “lenguaje”: es el pensamiento que se expresa mediante el lenguaje. *Logos* puede traducirse también como “discurso” y como “cálculo”, suponiendo una sucesión de signos que conducen al entendimiento de algo de un modo articulado. La sucesión ordenada de palabras “enhebra” el discurso, como la aguja y el hilo cosen el tejido, dando consistencia y estructura al pensamiento. Por eso se usa metafóricamente la palabra “texto” (tejido), cuando escribimos.

La intuición (*Nous*) en Aristóteles supone una comprensión inmediata, que es una facultad divina. El ser humano, cuya intuición es limitada, se ve obligado a llevar a cabo un proceso articulario y una construcción gramatical para alcanzar la claridad y el dominio de su conocimiento, de tal manera que pueda hacer uso de él. El animal carece de *logos*, mientras que Dios no lo necesita en absoluto. *Logos* es una muleta de apoyo, una herramienta o instrumento que compensa las carencias del animal, acortando nuestra distancia con respecto a la divinidad. Según la descripción aristotélica: si careciéramos de *logos* seríamos o animales inferiores o dioses, no seres humanos.

Palabras como “lección” o “leer” (en español y otras lenguas romances) están también etimológicamente relacionadas con *logos*. A través de una sucesión ordenada de signos lingüísticos, alcanzamos la expresión de nuestro foro interno, de aquello que se mueve dentro de nuestro pensamiento y de nuestros sentimientos. Los gestos y movimientos corporales dan también expresión a lo que sentimos, del mismo modo que los animales pueden expresarse con sonidos especiales. Pero solamente cuando somos capaces de formular nuestra expresión en palabras podemos explicarnos (y entendernos a nosotros mismos) de un modo más claro y ordenado. Necesitamos por lo tanto el lenguaje, no sólo para hacer que otros nos entiendan, sino también para entendernos a nosotros mismos. Según una imagen metafórica que debemos a Sexto Empírico (200 después de Cristo) el lenguaje es como una escala de la que podemos deshacernos de una patada, una vez que ya estamos arriba. Según esta concepción, el lenguaje es necesario para poner orden en nuestro pensamiento, pero el pensamiento no precisa de lo que escolarmente denominamos “lógica”, algo que yo pretendo poner en claro en lo que voy a tratar a continuación.

EL CONOCIMIENTO COMO ACCIÓN Y COMO RESULTADO

Se suele considerar a Aristóteles como padre de la lógica y de la ciencia. Pero la ciencia tiene como fin la búsqueda de la verdad y cuando el filósofo griego, en la cita aludida, presenta al *logos* (es decir la facultad de la palabra y la racionalidad) como la cualidad distintiva del ser humano, no menciona para nada la “verdad”, como condicionante misión del *logos*. Tener *logos* supone —en el pasaje central de su *Política*, al que aludimos antes—, saber distinguir entre lo *justo* y lo *injusto*, entre lo *provechoso* y lo *perjudicial*, entre lo *bueno* y lo *malo*, no entre lo *verdadero* y lo *falso*. Con ello conecta Aristóteles (por lo menos en este pasaje) la palabra *logos* con la razón *práctica*, no con la razón *teórica*, es decir con una actividad del pensar que no busca un conocimiento objetivo, exacto y científico, sino un conocimiento que orienta al ser humano en sus preferencias y en la elección de sus acciones.

El filósofo griego mantiene aquí una diferencia entre lo que él llama “conocimiento sobre lo que *no puede* ser de otra manera” (lo necesario: el conocimiento científico) y un “conocimiento acerca de lo que *puede* ser de otra manera” (conocimiento de la acción como decisión o como planificación del futuro). Distingue así entre lo que tiene su fundamento en la *naturaleza* de las cosas, siendo independiente del ser humano, y lo que depende de la *acción humana*. El ser humano puede utilizar también las fuerzas naturales para actuar, pero no puede alterar esas fuerzas o leyes naturales. *Natura nisi parendo non vincitur*, —“la naturaleza no puede ser dominada si no es obedeciéndola”—, afirma una antigua máxima que estuvo a la base de la tesis de Francis Bacon: “Saber es poder”. Georg W. F. Hegel hablaba de “la astucia de la razón” al referirse al hecho de que el ser humano logra sus propósitos al utilizar las leyes naturales, a veces incluso para contradecir o superar otras leyes naturales. La actividad científica, que trata de alcanzar lo verdadero, no es más que un eslabón para la consecución de lo aceptable y justo. Estudiar la acción supone un conocimiento científico de otra índole que lo que denominamos “ciencia” en sentido moderno, un conocimiento más bien filosófico y ético.

Hemos de distinguir, insisto, un *conocimiento científico de los hechos* de un *conocimiento de la acción*, aun cuando ambos se hallen enlazados uno a otro. Pues el ser humano actúa justamente utilizando las leyes naturales para lograr sus fines. Una forma de conocimiento no puede reducirse a la otra, aun cuando tampoco pueden separarse la una de la otra. Una cosa es *saber algo* y otra es *saber elegir*, pero también elegimos lo que queremos investigar y saber. Esto hace del conocimiento práctico (del conocimiento de la acción) un conocimiento más fundamental que el conocimiento teórico. Somos nosotros los que elegimos la ciencia, no la ciencia quien nos elige a nosotros. Todo tipo de conocimiento exige

además su *método*, su modo de tratamiento (que también es acción), como Aristóteles indica en su *Ética a Nicómaco*. Elegir método es inevitable y esa elección se da por motivos de adecuación o conveniencia. Los métodos son adecuados (efectivos) o inadecuados, no verdaderos o falsos.

CÁLCULO LÓGICO – RAZONAMIENTO RETÓRICO

Podríamos explicar los dos sectores diferentes del desarrollo y organización del conocimiento calificando al uno de “conocimiento sistemático” y al otro de “conocimiento problemático”. Demostrar y deducir es una tarea propia de la *lógica*. Deliberar y opinar es una tarea discursiva *retórica*. Se trata de dos modos de usar el *logos*: en un caso se trata de calcular y sacar conclusiones de premisas establecidas y en el otro se trata de buscar y descubrir. Lo primero es denominado modernamente “Lógica”, lo segundo se llama propiamente “Retórica”, si es que logramos superar los prejuicios que durante siglos han desvirtuado el valor de la Retórica.

Una importante diferencia entre la Retórica y la Lógica es el *descubrimiento* de algo ya existente, que nos lleva a la Retórica. La Retórica estudia algo que existía entre los seres humanos antes de descubrirlo, antes de que se inventara incluso el nombre de “retórica” para designarlo y sistematizar su conocimiento con un aparato conceptual y con reglas discursivas. La Lógica es ya en su principio un *invento*, una construcción a posteriori, un sistema discursivo que sólo fue posible establecer cuando una cultura *hablada* había hallado un modo de fijar el lenguaje en forma *escrita* y visible. Podría decirse que la Retórica es la lógica natural y espontánea, mientras que la Lógica es una adaptación de la lógica natural o retórica a ciertas actividades del conocimiento. A veces se presenta a la retórica espontánea como una lógica débil. Algunos pensadores modernos tratan de establecer una “lógica difusa o borrosa”, ignorando la retórica tradicional. Más propio sería denominar a la Lógica como una Retórica dura y reducida. El pensamiento consagrado por la Lógica es el pensamiento deductivo, matemático. La admisión por la ciencia positiva de un razonamiento hipotético y de un método inductivo, supone sin embargo un indirecto reconocimiento de que el razonamiento retórico, lo conjetural, está también a la base de la ciencia positiva.

Lo que la Retórica estudia es la manera natural humana de razonar, a partir de la cual cabe elaborar una “técnica del pensar” adecuada para ciertas tareas de investigación y explicación de hechos, que se denomina Lógica. Sin la escritura no habríamos nunca desarrollado esa ciencia y técnica que —para bien y para mal— dieron origen al soberbio *eurocentrismo* que ha colonizado las culturas de todo el mundo, arruinando otros fundamentos culturales.

ORALIDAD Y ESCRITURA – EL OÍDO Y LA VISTA

La invención de la escritura, la lógica y la ciencia, supuso un cambio jerárquico en el uso de los sentidos corporales humanos. La vista es mencionada por Aristóteles como el órgano sensorial más importante, contradiciendo su propia afirmación, en otro texto, según la cual el oído es de más importancia que la vista para el desarrollo del conocimiento⁴. En la *cultura oral* eran la voz y el oído lo que, con ayuda de la *memoria*, servía de instrumento a la evolución y transmisión del conocimiento.

La invención de la *escritura* trasladó la hegemonía instrumental del conocimiento de la palabra, el oído y la memoria a la *mano* y a la *vista*. Se hace históricamente notar ese predominio en el hecho de que el conocimiento busca incluso su expresión lingüística principalmente en términos que tienen que ver con el ojo y la visión. Utilizamos metafóricamente “ver” en el sentido de “apreciar” o “entender”. Decimos constantemente: “¿No ves que...?”, que significa “¿No comprendes?”. La misma palabra “idea” está emparentada con *uideo* (video). Y *theoria* significa en griego “visión o contemplación a distancia”, siendo la palabra latina *contemplatio* (derivada de *templum*) indicio de lo mismo. Lo mismo sucede con “especulación” que tiene que ver con el espejo (*speculum*). Una teoría se entiende hoy como algo que se “ve” (no algo que se oye), aun cuando lo hagamos con el intelecto. Por eso solemos hablar del conocimiento como “visión” y hablamos de “visiones del futuro”, no de “melodías del futuro”.

La lógica supone un pensar que tiene al espacio, no al tiempo, como paradigma. La facultad de la *memoria* se hace menos importante o necesaria si tenemos acceso a la escritura, actualmente completada con la fotografía e incluso con las imágenes móviles. Los métodos cada vez más avanzados de grabación de la voz (la cinta magnetofónica, el CD-rom, etc.) han contribuido a la fijación y conservación física de la palabra hablada en un soporte perdurable. La revolución técnica ha originado una nueva situación comunicativa que se ha complicado cada vez más con la introducción del lenguaje escrito por vía del ordenador (*e-mail*). Es éste un lenguaje que presenta a la vez muchos rasgos de la lengua escrita pero conserva también muchos rasgos (y muchos inconvenientes) de la lengua hablada. La escritura era, en un principio, más reflexiva y la oralidad más espontánea. El mensaje oral desaparecía en el aire inmediatamente, mientras que la escritura tenía carácter de perennidad. La nueva técnica de la comunicación electrónica ha fusionado los caracteres del mensaje hablado y el escrito, originando

⁴ ARISTÓTELES, *De sensu*, cap. I.

una forma de escritura más irreflexiva, en la que los deslices o afirmaciones espontáneas se hacen fijos e irrevocables. Ya nadie puede desdecirse fácilmente de algo dicho irreflexivamente, pues ha quedado escrito o grabado.

La escritura se entiende como una forma de memoria. Platón, uno de los principales fomentadores de la escritura, deja sin embargo, en el diálogo *Fedro*, al rey egipcio Thamus contradecir al inventor de las letras, el dios Theut, el cual afirma que la escritura hará a los egipcios más memoriosos. A lo cual responde Thamus:

“(La escritura) producirá en el alma de los que la aprendan el olvido, por el descuido de la memoria; pues confiándose a la escritura, recordarán de un modo exterior, valiéndose de caracteres ajenos, no desde su propio interior y de por sí. No es el medio de fomentar la memoria lo que has encontrado, sino el de la rememoración.” Y añade: “Tu invento no originará en el alma de los discípulos otra cosa que el olvido. No cultivarán la memoria, sino al contrario. Pues confiándose en la escritura recibirá la memoria ayuda externa, de los signos que son extraños a ella, no de su propio interior. Tu invento no los va a ayudar a tener buena memoria, sino a suplir su mala memoria”⁵.

La invención del alfabeto es el acontecimiento cultural que más ha transformado a la sociedad humana, como afirma Walter J. Ong⁶. Thomas Hobbes escribe que si bien la imprenta es un invento de gran importancia, no tiene comparación con el del alfabeto. La historia cultural de la humanidad recibe una nueva orientación gracias a ello.

La mano y la vista, como fundamento fisiológico del conocimiento, conducen (a diferencia de la voz y el oído) a una fuerte objetivación de lo externo, haciendo de las *cosas* el fundamento de la realidad y dejando a la *acción* pasar a la subconsciencia. La lengua escrita fortalece una teoría *ontológica* del conocimiento, según la cual las palabras se refieren a cosas, cuyo sentido no se determina por obra de nuestra intelección, sino que las cosas en sí son como las concebimos. El conocimiento se convierte, según esa concepción, en algo pasivo, en un reflejo. Quien pretenda sostener que el significado de las cosas depende de cómo las entendemos es denominado “idealista”, una de las peores acusaciones a las que nos vemos expuestos hoy en el mundo universitario. Que el realismo ingenuo sea más insostenible que el idealismo, es algo en lo que ni siquiera se piensa. El mundo es lo que creemos que es. La diferencia entre ciencia y religión se hace sumamente pequeña.

⁵ PLATÓN, Diálogo *Fedro*, 275.

⁶ Walter J. ONG, *Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Methuen & Co., New York, 1982, *passim*.

SUSTANTIVO Y MITOLOGÍAS MODERNAS: EL NACIMIENTO DE LA LÓGICA

Considerar la realidad como un conjunto de “cosas”, de objetos definidos y de algún modo tangibles, origina un lenguaje en el que el sustantivo, no el verbo, es la categoría gramatical que obtiene la hegemonía del lenguaje y el pensamiento. Dominado por la epidemia del sustantivo, el lenguaje queda implicado en un sistema de abstracciones, las cuales encajan bien en un discurso científico-positivo, pero son engañosas en un diálogo cotidiano y en el tratamiento de problemas humanos. Nos habituamos entonces, por ejemplo, a usar palabras que gramaticalmente son sustantivos en género singular y con artículo determinado, pero que no corresponden a otra cosa que una idea abstracta: “el hombre”, “la enfermedad”, etc. Y no hablemos de esas habituales personificaciones o hipostasias del tipo “La crisis económica”, esa doña Crisis culpable de tantos problemas sociales, como si de un dios se tratara, o personajes como un tal Enrique-Cimiento que todos critican en público y muchos aman en secreto.

“El hombre” (a diferencia de lo que creía Platón) no existe. Lo que existen son “hombres”. Y “la enfermedad” tampoco existe como tal. Son los enfermos lo que verdaderamente existe. Cuando decimos que curamos una enfermedad, lo que curamos es a una persona enferma. Y la expresión “esta persona enferma” depende también de cómo concibamos su situación y qué palabras utilicemos para expresar nuestro entendimiento de ella.

En el lenguaje hablado sólo podemos concebir como sustantivos concretos aquellos que se refieren a algo que podemos señalar con el dedo: un libro, una mesa, etc. Un sustantivo como “la envidia”, por ejemplo, es una mera abstracción. Pero por el hecho de que la palabra “envidia” se haga visible y *literalmente* material, gracias a la escritura (las palabras habladas se las lleva el viento), la palabra escrita nos crea la ilusión de hallarnos entre cosas concretas. Gracias a la perennidad visible de lo escrito podemos señalar con el dedo la palabra “envidia”, como señalábamos la mesa o el libro.

Toda una serie de sustantivos (incluso la mayoría de ellos) ocultan una relación significativa con la acción humana y deberían quizá expresarse en forma de verbo. También las actividades son denominadas con ayuda de sustantivos, como si fueran cosas. Por el contrario, resulta interesante comprobar cómo en las culturas indígenas de América, estudiadas por Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf a comienzos del siglo veinte, parece que el verbo dominaba sobre el sustantivo.

En un comentario sobre la obra de Gilles Deleuze, escribe Maite Larrauri lo siguiente:

Para expresar la vida, para no aprisionarla, habría que pensar cambiando la frase “el niño deviene adulto” por “el devenir adulto de un niño”, en la que hacemos sujeto a un predicado. O inventar un verbo que expresara dicha relación, como por ejemplo el verbo “adultear”. No se puede hablar así, pero quizás sí se puede empezar a pensar así, pensar en un mundo en el que no hay árboles y casas y adultos y niños y hombres y mujeres y políticos y profesores, sino donde se “arbolea”, se “casea”, se “adultea”, se “niñea”, se “hombrea”, se “mujerea”, se “politiquea”, se “profesorea”. Lo importante es lo que está pasando. Ver siempre, siempre las cosas por el medio, por donde transitan, porque lo que transita es la vida, algo más fuerte que cualquiera de nosotros, más fuerte que los sujetos que somos. Lo importante no es si soy una mujer sino si yo “mujereo” porque el movimiento de “mujerear” es uno de los movimientos vitales que puede avanzar a través de mí⁷.

El verbo es propiamente la categoría gramatical más importante para la comunicación, la que dice algo de lo realmente existente. El hecho de que la propia palabra “verbo” (de *verbum*) etimológicamente signifique justamente “palabra” le otorga un carácter antonomásico, descubriendo que el eje de toda afirmación es el verbo, no el sustantivo. Sin la presencia del verbo no puede afirmarse nada, cosa que sí puede hacerse sin sustantivo (por ejemplo: “Está lloviendo”)⁸.

Podemos incluso hoy día comparar expresiones de sentido equivalente en las que o bien el verbo o bien el sustantivo predominan. El lenguaje cotidiano, en el que la oralidad es lo normal, utiliza mayor número de verbos que una lengua escrita de carácter solemne. Estudiando en alguna ocasión actitudes comunicativas en la vida política, advertí que las mujeres utilizaban más formas verbales que los hombres.

Podríamos hacer el siguiente experimento: colocar en una puerta un cartel que diga: “No entres aquí”, o bien otro que dijera: “Prohibida la entrada”. Ambos afirman lo mismo, pero el primero lo hace de una forma personal y sencilla, mientras que el otro lo hace de un modo autoritario y burocrático. Solamente el segundo cartel sería tomado en serio y respetado en una sociedad como la nuestra. El primero sería tomado como un deseo privado de alguien que quiere que no le molesten o que está bromeando.

En la cultura oral dominaba la perspectiva de la acción. Los fenómenos naturales se explicaban con ayuda de la mitología y se divulgaban de boca en boca (o más bien de boca en oído) siguiendo un ritmo que ayudaba a la memo-

⁷ Maite LARRAURI, *El deseo según Gilles Deleuze*, Tandem, Valencia, 2000.

⁸ Algunas lenguas utilizan un sujeto ficticio (el pronombre de tercera persona) incluso para expresar fenómenos naturales. En español basta con la forma verbal de tercera persona, sin pronombre, es decir como hecho neutro.

ria, creando obras que posteriormente fueron compiladas como un específico género literario: la Épica. Sucesos naturales con causas definidas, que no eran producto de intenciones humanas, eran así interpretados como resultado de la acción de seres y fuerzas sobrenaturales. En el pensamiento mítico eran esos seres divinos y no las fuerzas naturales, los que ocasionaban fenómenos como la lluvia y los relámpagos. Todo lo que sucedía, sin exceptuar los acontecimientos humanos, tenía su explicación en las *intenciones* de seres superiores. Todavía hoy seguimos hablando de “lo que Dios quiera” o diciendo “ojalá” (procedente del árabe *wash-al-lah*) para referirnos a sucesos que son, por lo menos en parte, controlados por nosotros. El pensamiento basado en la acción dominaba así también lo que se denomina “hechos” (palabra que procede del verbo “hacer” y conserva una conexión con la acción), para significar la realidad dependiente de causas ajenas a nosotros.

La transición a una cultura escrita y el desarrollo del pensamiento científico, que no habría sido posible sin alguna forma de escritura, hizo paulatinamente que el conocimiento de los “hechos”, de lo fáctico (es decir de los datos externos), viniera a ser considerado como el único verdadero. El conocimiento objetivo se convirtió en la garantía del conocimiento propiamente dicho. El conocimiento de la acción sólo podía adquirir valor si se ajustaba a las pautas y a la lógica de las ciencias naturales. Las acciones humanas pasaron a ser objeto de las ciencias sociales, que interpretan las acciones en términos *positivos* y unívocos, siguiendo el modelo de explicación de las ciencias naturales. El *positivismo* nos obliga a un reajuste de las estructuras del pensamiento y del lenguaje. La manera natural de razonar que la Retórica *descubrió* al mismo tiempo que se *inventaban* las primeras ciencias, fue sustituida por una técnica regulatoria del pensamiento que recibió el nombre de Lógica, un cálculo que presupone una objetivación total, que regula el uso de las palabras como si fueran etiquetas de objetos externos. La promoción de la Lógica y de la Ciencia como “medidas” del “recto” pensar, junto a la hegemonía de la lengua escrita sobre la lengua hablada, hizo que el sustantivo pasara a ser más importante que el verbo.

LO RACIONAL Y LO RAZONABLE

La Lógica nos ayuda a calcular o esclarecer lo dado y aquello que puede describirse en términos y proposiciones unívocos. La Retórica, por el contrario, representa nuestra manera de dilucidar aquello que puede ser admitido como *razonable*, aquello que puede ser interpretado y concebido de diferentes maneras y aquello que depende de nuestra elección o de circunstancias que son imposibles

de prever de manera absoluta. La Lógica se ocupa de lo teóricamente establecido y se estructura a partir de afirmaciones generales y bien definidas. La Retórica se ocupa de lo práctico y cotidiano, del caso concreto y del resultado concreto de nuestras acciones. La Retórica trata de ayudarnos a prever un futuro incierto, eligiendo actuaciones presuntamente adecuadas.

Con ello, todos los razonamientos acerca del obrar y el hacer (independientemente de que se trate de asuntos cotidianos, de decisiones políticas, de actuaciones planeadas de antemano, del tratamiento de problemas y decisiones de diferentes clases) se convierten en objeto de deliberación retórica, no de mera deducción lógica. Pues si bien tanto la evaluación del pasado (especulando sobre lo que pudo haberse hecho: lo contrafáctico) como la deliberación sobre el futuro, son tareas retóricas. El *telos* u orientación de la retórica es el futuro, aquello que todavía depende, en parte, de nuestra decisión.

La capacidad comunicativa del ser humano se denominaba *logos* en griego y suponía una coordinación de pensamiento y lenguaje. La palabra *logos* ha venido a entenderse en la evolución del pensamiento europeo como “razón”, siendo su misión el desarrollo de nuestro conocimiento de la verdad y de la ciencia. Con ello se ha perdido el ingrediente semántico, lingüístico, que tenía la palabra griega. Pues la función del *logos* —siguiendo la descripción aristotélica aquí aludida—, no se refería solamente al “saber algo”, a dilucidar lo que es *verdadero o falso*, sino sobre todo a comprender y dilucidar lo que es *bueno o malo* para nosotros, y lo que se debe elegir o repudiar, e incluso aquello de lo que es preciso distanciarse. Con ello, nuestra actividad científica se convierte también en objeto de elección: elegimos aquellos conocimientos a los que merece la pena dedicarse y nos abstenemos de dedicarnos a lo que carece de valor.

Partiendo de términos y conceptos dados y bien definidos, que funcionan como etiquetas, y de proposiciones que funcionan como premisas dadas, nos movemos bajo la hegemonía de la Lógica, cuya tarea es meramente obtener conclusiones correctas. “Si todo A es B y todo B es C, entonces todo A es también C”, independientemente de qué términos concretos coloquemos en sustitución de A, B y C. La única exigencia es que A, B o C signifiquen siempre exactamente lo mismo. Luego: “Si todos los cocodrilos son huérfanos y todos los huérfanos son analfabetos, entonces son todos los cocodrilos necesariamente analfabetos”. Por extravagante que parezca, esto es lógicamente correcto. Para la rectitud del silogismo basta con que lo dicho en la conclusión se halle lógicamente contenido en las premisas. Pues una deducción lógica es un mero cálculo y no es el contenido de los conceptos lo que interesa, sino su coherencia formal. O lo que es lo mismo: la lógica carece propiamente de *semántica* y consiste simplemente en *sintaxis*. Lo único que se exige de las palabras que han de sustituir a las variables

A, B, C... es un significado definido y permanente. Un término ambiguo, que pueda tener diferentes significados dentro de un mismo discurso, no sirve para una deducción lógico-formal.

Me veo obligado a utilizar ejemplos elementales para desenmascarar la inevitable ambigüedad que supone el uso del lenguaje. La palabra “ciudad”, por ejemplo, significa “la estructura física de casas y calles”, pero también: “la población que habita las casas y calles”. Es correcto decir: “La *ciudad* estaba vacía aquella calurosa tarde de verano, pues toda la *ciudad* se había ido de vacaciones”, aun cuando la misma palabra “ciudad”, dentro de una misma frase, se está refiriendo imperceptiblemente a dos cosas distintas (“estructura física”, en el primer uso, y “población” en el segundo). Hay conexión significativa, pero con referencias distintas. Si decimos: “Toda la *ciudad* acudió a recibir al héroe”, no son las casas y las calles las que acuden, sino los habitantes. Las calles y casas siguen donde estaban. El pensamiento lógico o matemático no admite esas ambigüedades. El pensar *formal* da por supuesta una objetividad y univocidad en las premisas que el modo habitual de razonar no respeta. La semántica de la vida obedece, no ya a las condiciones de la *subjetividad*, sino a las de la *intersubjetividad*. Los términos son propiedad común de los hablantes y se usan constantemente en situaciones concretas y nuevas, lo cual conlleva una necesaria multivocidad. Un lenguaje meramente individual o un lenguaje para cada momento, no existe, porque sería ininteligible. Lo único individual es su uso.

La misión de la ciencia y la técnica modernas consiste no sólo en dar respuestas de carácter general, sino también en proveernos de fórmulas y conocimientos relacionados unos con otros, necesarios para desarrollar métodos y resolver problemas concretos en situaciones determinadas. El conocimiento científico y el técnico pueden implicar acciones reiteradas, según un modelo establecido, actuando así en situaciones determinadas por causas externas definibles, que permitan etiquetar la realidad estudiada con denominaciones obligadamente unívocas. Eso es posible en la ciencia natural y en la construcción de artefactos materiales que originan mecanismos *previsibles*. Pero cuando la ciencia pasa a ocuparse del ser humano y de la sociedad, entonces las premisas y los términos se hacen más difusos, más difíciles de delimitar. En esas situaciones intervienen diversas causas al mismo tiempo y, además, la causalidad natural se combina con la intencionalidad. Su significado depende de una situación humana interpretable desde perspectivas diferentes y no puede determinarse una vez por todas a partir de su apariencia. Su significado se puede denominar “pragmático”, pues depende de la situación y no puede establecerse mediante un cálculo *a priori*.

El contexto de nuestras afirmaciones acerca de la “ciudad”, en el ejemplo antes mencionado, mostraba cuándo se estaba hablando de la ciudad como estructura física y cuándo se la mencionaba como comunidad humana. No es poco frecuente encontrar textos, incluso tesis doctorales, que mezclan una cualidad abstracta con los portadores de ella. Se estudia, por ejemplo, “el desempleo”, aludiendo alternativamente a la condición de carencia de empleo y a las personas desempleadas, como si fuera lo mismo. Como decía Aristóteles: el médico no cura la enfermedad, sino al enfermo. Y, como decíamos antes, tampoco se trata de “el enfermo” en general, sino de éste o aquél enfermo concreto. El profesor noruego de filosofía en la Universidad de Estocolmo, Harald Ofstad, escribió un libro titulado *Nuestro desprecio por la debilidad humana*, identificando “la debilidad” con “los débiles”. Ahora bien: tratamos de combatir la debilidad o la pobreza, justamente para ayudar (no para combatir) a los débiles o a los pobres. Es loable, pues, odiar la debilidad y es la “debilidad” lo que despreciamos, no a los “débiles”. Pero Ofstad, por muy filósofo que fuera (y ninguno de nosotros debe tirar la primera piedra en esto), mezclaba ambas cosas. El desprecio por la debilidad nos hace tratar de ayudar a los débiles. Y la debilidad o la pobreza —estudiadas en ejemplos humanos concretos— se determinan por causas diferentes de un individuo a otro. No existe —como diría Aristóteles— una “debilidad” o “pobreza” en general.

La lógica formal —un modo científico-positivista de pensar aliado con la matemática— obtuvo la hegemonía sobre el conocimiento en Occidente en la época moderna. Esa hegemonía fue el motivo que suscitó la crítica de la Ilustración por parte de la Escuela de Frankfurt. Con el dominio de lo formal y lo positivo la modernidad olvidó que lo importante para la vida y la cultura humanas es cómo debemos actuar y cómo elegimos un camino u otro de acción.

El conocimiento de la estructura y la evolución natural tiene importancia solamente si se pone al servicio de lo humana y socialmente conveniente y aceptable. Una cosa es saber lo que está a nuestro alcance, e incluso qué meta queremos alcanzar, y otra es elegir y decidir cómo vamos a utilizar esos medios existentes para llegar a dicha meta. La propia búsqueda del saber supone una elección orientada a nuestros fines. También la ciencia es sierva de la finalidad social.

LA LÓGICA DE LA ACCIÓN

La ciencia es útil para dilucidar qué situaciones y qué fuerzas causales hemos de evitar o incluso combatir y de cuáles debemos servirnos o cuáles debemos promover para obtener nuestros fines. “Saber es poder”, decía Francis Bacon, con lo

cual suscitaba que todo conocimiento científico deriva su valor de la competencia que tengamos para utilizarlo, tanto en servicio de lo que debe hacerse como de lo que debe evitarse. Lo cual ya no es mero *saber científico*, sino sabiduría práctica y buen juicio. No basta entonces con la habitual lógica formal, sino que es necesario estar en posesión de una *lógica de la decisión* que toma en consideración no sólo *los hechos*, sino *el hacer*, es decir no solamente lo que es verdadero o falso, sino aquello que es *aceptable* y aquello que es *vitando*.

No han faltado intentos de desarrollar una lógica de la acción, basada en principios formales, que fuera comparable con la lógica científica y una continuación de ésta. El filósofo finlandés Henrik von Wright, sucesor en Oxford de Ludwig Wittgenstein, trató de establecer lo que él denominaba “lógica modal”⁹. En esa lógica, la dicotomía “verdadero/falso” sería completada con un valor veritativo intermedio: “lo posible”. Ese intento no condujo, sin embargo, muy lejos. Averiguar lo que es posible es importante para deliberar acerca de lo que deba hacerse, pero “posibilidad” es un término ambiguo. Ciertamente el saber científico nos descubre posibilidades que facilitan la acción. Saber es poder. Pero no toda posibilidad es de índole científico-positiva. Para tomar una decisión y actuar con arreglo a ella no basta con saber qué es posible hacer, pues sólo podemos elegir una de las varias posibilidades dadas. Es preciso graduar las posibilidades alternativas en relación con lo “conveniente” y “aceptable”, *elegir* una alternativa posible y además tomar la *decisión* de seguirla y hallar los *medios* adecuados para ello. Tenemos entonces una lógica más complicada e insegura que la lógica formal. No se trata ya de constatar sino de valorar. Incluso el médico, cuyas intervenciones responden a conocimientos acumulados empíricamente, apenas puede estar seguro *a priori* de acertar totalmente en el tratamiento de un enfermo concreto.

La lógica formal se limita a establecer la conexión sintáctica de los conceptos y da por supuesto, como dije antes, que el significado semántico está fijado de antemano. Esa lógica no admite interpretaciones semánticas alternativas, ni considera el hecho de que toda decisión no depende solamente de la descripción unívoca de un problema y su solución. Cada uno de los actores implicados expresan tanto los problemas como las soluciones desde perspectivas diferentes, a partir de consideraciones e intereses personales, así como de opiniones establecidas por la costumbre y por el medio social en que viven.

En el cálculo lógico vale solamente lo que se afirma, mientras que en el discurso retórico (que es lo que caracteriza a la toma de decisiones) hay que tener en cuenta lo que se presupone, aunque no se exprese explícitamente y a menudo

⁹ Henrik von WRIGHT, *An Essay on Modal Logic*, North Holland Publ., Amsterdam, 1951, *passim*.

ni siquiera uno esté consciente de ello. Decimos por ejemplo: “Ese hombre debe ser ucraniano, pues ha nacido en Odesa”. Formalmente este razonamiento no es completo. Habría que añadir: “puesto que Odesa pertenece a Ucrania”. En otro caso, el razonamiento *formal* carecería de un elemento necesario. Pero si los implicados en la discusión conocen bien que Odesa es hoy una ciudad ucraniana, no es necesario decirlo para que todos entiendan la conclusión. En un razonamiento de esta índole, el oyente completa mentalmente, sin siquiera hacerse consciente de ello, lo que el otro está diciendo. Además, no se afirma rotundamente que alguien sea ucraniano por haber nacido en Odesa (pues puede tener otra nacionalidad por su origen familiar) sino que *presuntamente* es ucraniano. Esto es lo que se denominaría una manera *retórica* de razonar.

Lo tácito o sobreentendido ejerce una importante función en la comunicación humana. Y cuanto más ideas y elementos socio-culturales tenemos en común, mayor es el ámbito de lo tácito. Pero además: un hablante, aunque no se dé cuenta de ello, pone de manifiesto más que lo que dice simplemente por la manera de expresarlo.

Una situación retórica exige, pues, prestar atención e incluso problematizar aquello que un cálculo formal corriente da por supuesto. No se trata entonces simplemente de conectar afirmaciones o argumentos diferentes de un modo lógicamente correcto. Se trata de analizar también el modo de expresarlo. Una misma cosa y un mismo problema pueden expresarse con palabras diferentes, que revelan tanto o más acerca de la persona que dice algo cuanto acerca de lo que está diciendo. La elección de expresión y argumento indica preferencias pero puede también, consciente o inconscientemente, revelar otros aspectos decisivos. Y la elección de tema o de la manera de expresarlo está mostrando también qué opinión o prejuicio tiene el hablante de aquel a quien se dirige. “A los campesinos se les habla en lenguaje rústico y a los eruditos en latín” —según un dicho usado en Escandinavia.

LA ESTRUCTURA SIGNIFICATIVA DE LAS PALABRAS

Toda situación puede expresarse de maneras más o menos diferentes y equivalentes. La elección de expresión puede ser más o menos certera. Algunas personas son lingüísticamente más hábiles que otras y saben hallar expresiones más adecuadas. El lenguaje trata de identificar y de distinguir, al propio tiempo. El dominio de una lengua supone cierto conocimiento, y cierto hábito, en el uso de una u otra expresión. Y el valor expresivo tiene un ingrediente histórico, heredado. Lo cual exige algún conocimiento de cómo se construyen las palabras y en

qué relación se encuentra una palabra con el resto del vocabulario de ese idioma.

Cuando la comunicación tiene lugar entre personas de diferentes culturas lingüísticas, no está mal aprender a comparar una lengua con la otra y saber advertir semejanzas y diferencias entre la estructura y el uso de expresiones en una y otra. Lo cual es fundamental en la tarea de traducción. También dentro de una misma lengua pueden distinguirse diferentes culturas lingüísticas. Estrictamente hablando, diríamos que cada individuo habla *su propia* lengua y que dos formas diferentes de expresión y dos concepciones lingüísticas pueden estar sumamente próximas la una a la otra, sin ser idénticas. La lengua o idioma no es individual, pero su uso (la elección de expresiones en el acervo común y en la situación concreta) sí es individual. Ferdinand de Saussure aludía a este problema, no claramente del todo, distinguiendo la *langue* de la *parole*.

Ejemplificando: Quizá resulte interesante tomar conciencia de que hay una cierta relación entre la palabra ROBOT y la palabra alemana ARBEIT. Su parentesco se descubre advirtiendo las tres consonantes que identifican a ambas palabras: RBT (Arbeit, robot). Otro ejemplo es la palabra CREDO, que en latín significa “creer” y está emparentada con CORDIS-CARDIS, que significa “corazón”. Ambas tienen en común la raíz KR D (CRD). Y si atendemos a transformaciones fonéticas explicables por la transmisión fonética de boca en boca y por la percepción auditiva, puede advertirse que KR D (escuchada como HRZ y HjRT) ha originado la palabra alemana HERZ y la palabra sueca HJÄRTA, que dan nombre justamente al corazón. Las lenguas europeas llamadas indogermánicas, tienen más elementos fonemáticos en común que lo que advertimos.

Quien tenga conocimiento de la formación de las palabras en el vocabulario árabe sabrá que éste nos enseña algo que es totalmente aplicable a lenguas que no son semíticas. La lengua árabe muestra cómo el significado de las palabras “radica”, literalmente hablando, en un núcleo morfemático de dos o tres consonantes. Ese significado se extiende por derivación a toda una familia semántica. Esto se lleva a cabo no sin que dejen de producirse alteraciones fonéticas (intercambios entre B y P, entre K y G o entre D y T, por ejemplo) con el añadido a esa raíz de prefijos o sufijos. Menciono el árabe porque es quizá la lengua que mejor muestra este fenómeno, ya que al sólo contar su alfabeto con tres vocales, prescinde de su uso en la escritura y se ciñe a las consonantes. Lo que supone que nadie puede leer un texto árabe sin entender lo que está leyendo, para poder añadirle las vocales que exija la coherencia del texto. Una raíz pura, sin añadidos, conlleva siempre en árabe la significación de un verbo. Prescinde, al mismo tiempo, del verbo “ser”, que es origen de muchos de nuestros problemas conceptuales. El verbo predicativo, carente de esencialismos, es más básico que el sustantivo en esa lengua. Los sustantivos derivados de ella, así como las formas verbales también derivadas

y su conjugación, se van originando a base de incluir una u otra de las tres vocales del árabe, o añadiendo algún prefijo o sufijo que origina significados afines.

Esto que parece caracterizar a las lenguas semíticas, es también observable en otras lenguas, aunque los europeos hemos olvidado o somos escépticos en lo que respecta a la tarea filológica que trataba de reconstruir la lengua indogermánica, madre de las europeas. Hoy día se desprecia a menudo el conocimiento etimológico. No obstante, una atenta observación nos permite advertir cómo expresiones de idiomas afines y también otras procedentes de lenguas menos afines —reveladoras de ciertos contactos socioculturales—, participan del significado de una misma raíz.

SPK, por ejemplo, es una raíz que tiene relación con la acción de “ver” y ha originado una infinidad de palabras en lenguas de origen indogermánico. En español tenemos: espectáculo, inspector, aspecto o respe(c)to, entre otras. SPK se identifica (por metátesis) en SKP (escepticismo, horóscopo) o en SPG o SPJ (espejo), del mismo modo que la P puede convertirse en B y la F puede sustituir a la P, a causa de la proximidad fonética entre dichas consonantes. Para un observador atento no hay dificultad en descubrir que la palabra inglesa *TIRED* es la misma que la sueca *TRÖTT* (TRD = TRT), o que la raíz MRD se encuentra tanto en la palabra española “marido” como en la inglesa “married”. Lo cual no supone que toda palabra que incluya las consonantes MRD esté etimológicamente relacionada con “marido”. El que dos personas se parezcan no significa que pertenezcan a la misma familia, pero la familiaridad conlleva el parecido. Hay que saber distinguir entre lo que tiene fundamento y lo que es pura casualidad o coincidencia. No hay pues que dejarse llevar demasiado lejos en esas interpretaciones; pero emprendidas con cierta prudencia y cautela nos dan una idea de cómo se originan familias de palabras que contagian a varias lenguas y cómo esas familias se derivan de una imagen o significado fundamental (etimológico), tal y como sucede en las llamadas “metáforas”. La lengua china, cuya escritura es ideográfica, no fonética, se vale (metafóricamente) de imágenes estilizadas, en lugar de las letras de un alfabeto fonético, como el que usan las lenguas semíticas e indogermánicas.

EL DOMINIO DE LO INSTRUMENTAL

Afirma Aristóteles que no es posible ni necesario discutir sobre aquello que, siendo un hecho dado, no depende de nuestra voluntad ni nos es posible impedirlo o cambiarlo. Lo único que vale es simplemente reconocerlo. En cambio, en todo aquello que “puede ser de otra manera”, porque depende de nuestra elección o es susceptible de ella, sobre eso tenemos necesidad de deliberar para obtener claridad de deci-

sión y de actuación¹⁰. También debemos deliberar, aunque Aristóteles no parece decirlo claramente, cuando nos es necesario obtener claridad acerca de cómo se comporta o cómo es aquello de cuya circunstancia depende nuestro obrar. Lo que es verdadero o falso es algo que no se realiza por decisión nuestra, aunque quizá lo haya sido. Se trata de algo irreversiblemente dado: “hechos”. Pero que algo sea bueno o malo, justo o injusto, adecuado o inadecuado, tiene que decidirse tras una deliberación que se establece y se desarrolla de modo diferente al de un cálculo o una deducción lógica. Diagnosticar una enfermedad —siguiendo un ejemplo anterior— es importante, pero solamente si ese diagnóstico es el punto de partida de otro discurso: aquél que tiene por finalidad decidir lo que se debe o no se debe hacer para lograr que el paciente sea librado de su enfermedad. Que la política y la planificación básicamente se alzan sobre esta forma de razonamiento es indudable.

El lenguaje es una herramienta que permite a los seres humanos adquirir conocimiento de lo real y desarrollarlo en común para alcanzar un mejor nivel de vida. Pero, al igual que otros medios e instrumentos de los que nos servimos, adolece el lenguaje de una intrínseca ambigüedad. Toda herramienta se crea con miras a la solución de un tipo de problemas, pero su uso viene a extenderse a operaciones de carácter semejante a las que nos indujeron a crear la herramienta. Es el uso de la herramienta lo que pone de manifiesto el significado o valor de ella. Advertimos que la herramienta en cuestión puede ser utilizada de nuevo, para situaciones o tareas semejantes, pero también podemos ir descubriendo que ese uso puede hacerse extensivo o adaptarse a situaciones totalmente nuevas o a problemas antes no advertidos o que salen al paso. Esto es lo que mantiene la evolución tecnológica.

La producción de una herramienta requiere a su vez otras herramientas. Esto hace que perdamos a menudo de vista el fin perseguido y que convirtamos los medios en fines. Éste es el peligro de toda evolución tecnológica. Comenzamos por dominar una herramienta que hemos creado, pero acabamos convirtiéndonos en sus servidores. La tecnología transforma nuestro estilo de vida. Una herramienta o instrumento puede utilizarse, a veces, en situaciones que anteriormente eran desconocidas o incluso impensables, a costa de su uso originario, que incluso puede quedar anticuado y caer en completo desuso. No eran muchos los que, allá por los años setenta, podían imaginarse los nuevos usos y tareas que la computación ha ido conquistando y los problemas que ha venido a resolver y los que ha venido a crear. Muchos hábitos y rutinas aparentemente imprescindibles en el ámbito público han quedado obsoletos y nos hemos visto obligados, cada vez en mayor medida, a adaptarnos a la nueva técnica. Hoy día la computadora se está haciendo imprescindible para toda una serie de usos en la vida cotidiana.

¹⁰ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 1112a-1113a.

Pertenece a la naturaleza de una herramienta el que no solamente se convierte en un medio o instrumento para nosotros, sino que además transforma nuestras condiciones de vida, las actividades que realizamos y el modo en que lo hacemos. Todo esto que decimos de la herramienta en general hay que afirmarlo de la herramienta fundamental del ser humano que es el lenguaje.

En la medida en que dominamos una herramienta, empleamos una *técnica*. Cuando la herramienta se hace cada vez más complicada, originando a su vez nuevas herramientas o combinando su uso con el de otras, entonces surge lo que se llama una *tecnología*¹¹. Esto era lo que afirmaba Walter J. Ong¹², investigando lo que sucedió en el tránsito de la lengua hablada a la escritura. Nuestra sociedad moderna ha extendido el dominio de la tecnologización por la palabra a sectores cotidianos cada vez más amplios. Vivimos hoy en una sociedad en la que el lenguaje y los medios simbólicos de expresión se han impuesto en todos los sectores, incluso en aquellos en que anteriormente la comunicación no era más que un ingrediente reducido y complementario. Muchas actividades humanas que anteriormente se llevaban a cabo de un modo directo y natural y que, a lo sumo, exigían simplemente una comunicación personal con alguien, se han visto envueltas en procesos de carácter técnico. Muchas actitudes y formas de tratamiento se han hecho imprescindibles, exigen conocimientos técnicos y, por ende, lingüísticos para todo ciudadano que pretenda vivir una vida normal en la sociedad moderna, postindustrial y tecnologizada. Cuanto más atención se nos exige ante nuevos procesos y nuevas tareas (que conllevan una nueva terminología) tanto menos conscientes estamos del lenguaje básico sobre el que se alza todo lenguaje especializado. Aprendemos a ver más allá de nuestras narices, pero nos olvidamos de tener a mano un espejo que nos permita ver la propia nariz. Ningún dominio instrumental se ha hecho más necesario que el *dominio del lenguaje* para aquél que intente llegar a ser dueño de su vida y no solamente un producto del azar y de las vicisitudes.

EL MECANISMO METAFÓRICO Y METONÍMICO DEL LENGUAJE

Cuando yo hablo de nuestra necesidad de dominar el lenguaje, se pone de manifiesto —ya en esa afirmación tan simple— que tenemos una idea equívoca de lo que es el lenguaje. Pues la propia palabra “lenguaje” es ambigua. La indecisión entre la acción y el resultado o el instrumento impregna nuestro vocabulario. Todos los términos que hacen referencia a una actividad mental o cognoscitiva adolecen de esa ambigüedad semántica:

¹¹ Neil POSTMAN, *Technopol. The Surrender of Culture to Technology*, Vintage Books, 1993.

¹² Véase nota 6.

- “Lenguaje” puede significar tanto las *palabras* que utilizamos como la *utilización* o uso de ellas. En alemán se distingue en cambio *die Sprache* de *das Sprechen*.
- “Conocimiento” puede referirse tanto a la *actividad* cognoscitiva como al *resultado* obtenido por ella.
- “Teoría” significaba al principio (la *theoria* griega) la *actividad pensante* acerca de algo que necesitamos comprender y explicar. Ese significado sigue siendo vigente en el uso actual, pero por “teoría” entendemos también, y además preferentemente, *aquello que obtenemos* mediante el pensamiento teórico. Sin lengua escrita no se habría impuesto esta última acepción¹³.
- “Concepto” es un término que usamos, tanto para designar la *acción* mental de concebir algo, como *lo expresado* por medio de las palabras. “Concepto” procede de *capio* que significa “agarrar” (captar), lo cual queda también claro en el alemán (*Begriff – Begreifen*) y en las lenguas nórdicas.
- “Pensamiento” significa el *acto de pensar*, pero también su contenido: *lo pensado*.

Lo curioso en este caso —por lo menos en el uso del español— es que esas palabras, dichas en plural, pierden automáticamente el valor de acción. Los “lenguajes”, los “conocimientos” y las “teorías” son siempre resultados o productos del hablar, del pensar y del pensar objetivo sistemático. La propia acción de hablar y pensar, implícita en el singular del sustantivo, desaparece sin embargo de su contenido semántico al pasar al plural¹⁴.

La significación vacilante entre la acción y el resultado no se limita a los nombres de actividades mentales, sino, en principio a los de toda actividad. Pues el nombrar “la actividad” como *sustantivo*, engendra una infinidad de ambigüedades semánticas: un mismo sustantivo se refiere unas veces a la actividad, otras al instrumento de esa actividad y otras a su resultado. Nuestro vocabulario queda impregnado de ambigüedad a partir de dos principios:

¹³ El diccionario de nuestra lengua suele definir los sustantivos que encierran una acción diciendo: “Acción y efecto de ...” (Ejemplo: “Compra – acción y efecto de comprar”).

¹⁴ Hay que distinguir este fenómeno de aquél otro que señalaba más arriba acerca de sustantivos designadores de algo o de alguien. Por ejemplo: “el ciudadano” y “los ciudadanos”. En ese caso la forma determinada singular es una abstracción generalizadora (llamado “singular colectivo”), mientras que el plural designa a la pluralidad de individuos concretos. Ninguna de estas cuestiones se hacen conscientes en la escuela.

1. Principio de asociación o uso metonímico:

Toda expresión lingüística que se usa para designar algo puede usarse para otro “algo” diferente que esté en *relación* o *contigüidad* (de cualquier especie que ésta sea) con lo que las palabras hayan significado en una situación precedente. Un nombre de algo puede utilizarse para su instrumento o su resultado, como decía antes, pero también puede significar la pertenencia o la mera cercanía física.

Ejemplos:

- i) La palabra “moneda”, procedente del latín *moneta*, tiene su origen en el hecho de que la fábrica de la moneda en Roma se hallaba en un lugar contiguo al templo dedicado a Juno Moneta. La moneda en griego se denominaba *numisma* (procedente de *nomos* = norma, regla o medida), lo cual supone un mecanismo distinto que tratamos en el segundo apartado de este trabajo.
- ii) La palabra “burocracia” surgió cuando el tejido que cubría una mesa, llamado en francés *bureau*, vino a dar nombre a todo un mueble (buró), y luego a todo el edificio o a sus empleados, que se concebían sentados alrededor de una mesa tomando decisiones.
- iii) Decimos: “¿Puedes darme tu teléfono?” cuando lo que pedimos es “el número del teléfono” y además preguntamos si “puedes” cuando lo que hacemos es una petición y nos referimos generalmente más al “querer” que al “poder”.
- iv) Decimos leer a Cervantes, cuando leemos sus obras.

Este tipo de denominaciones o usos lingüísticos por *asociación* se llama “metonimia”. La metonimia es el mecanismo semántico más extendido, y sin embargo menos advertido, en el lenguaje. La metonimia es mucho más importante que la metáfora. Todos creen, sin embargo, saber lo que es la metáfora, pero muy pocos saben lo que es la metonimia. Incluso muchos expertos en retórica carecen de conocimiento suficiente de lo que supone la metonimia, reduciéndola a unos pocos casos. Mucho se ha escrito sobre la metáfora, poco sobre la metonimia. Y quien lo hace no crea a menudo sino confusiones.

2. Principio de semejanza o analogía (uso metafórico)

Éste es el otro principio básico para el uso de una misma expresión en situaciones nuevas. Pues toda expresión que se ha usado con sentido en una situación puede utilizarse en situaciones semejantes o análogas. Este mecanismo léxico es lo que tradicionalmente denominamos “metáfora”. Se han escrito infinidad de

textos acerca de la metáfora, sin por ello haber logrado claridad total acerca de lo que ésta supone. La propia palabra “metáfora” adolece de la ambigüedad metonímica a que aludíamos antes: se dice que ciertas expresiones “son” metáforas. Pero *metaphoré* en griego no se refiere a la expresión misma, ni tampoco a la imagen que utiliza (como muchos afirman), sino a la *acción* de usar una expresión “trasladándola” a, y reutilizándola en nuevas situaciones o lugares. *Metaphoré* es lo mismo que “traslado” o “transacción” (término que aparece todavía hoy en Grecia, en la banca y en las empresas de mudanza, es decir de transporte de muebles y utensilios).

Para entender lo que es la metáfora, en lugar de leer pasivamente todo lo que se ha escrito sobre ella, sería mejor si tratáramos de hacer una investigación introspectiva, tratando de captar lo que uno mismo hace con las palabras, al elegir las y usarlas. Todo lo que no podamos reconocer en nuestra propia experiencia es mera imposición, no comprensión. No hay por qué creer todo lo que leemos en los libros o todo lo que escuchamos en el aula. Nos han hecho aceptar que la *metáfora* supone la reutilización de una *imagen* en otro contexto o situación. Pero eso es verdad solamente en algunas situaciones o contextos. Llamamos “ratón” al pequeño aparato que usamos en la computadora. La semejanza de imagen sí existe aquí, aunque se limite a unos pocos rasgos: el cable nos recuerda al rabo y la forma es semejante al cuerpo de un ratón. Pero si decimos, por ejemplo: “El examen de Bachillerato es la puerta de los estudios superiores”, no vemos ya ninguna imagen de puerta alguna, sino la mera *función de entrar*, aunque no entremos tampoco andando con los pies. Se trata aquí de una *analogía*: de la misma manera que una puerta da acceso (físico) a un lugar, el examen de Bachillerato me da “acceso” a la enseñanza superior. Pero tampoco es ese “examen” (sujeto de esa afirmación, como si fuera alguien) alguien que me “permite” el acceso; ni tampoco la Universidad a la que accedo es simplemente un edificio. Obtengo acceso “a la enseñanza” que se imparte en el edificio, no simplemente al edificio. No podemos, por lo tanto, hablar sin cometer metonimias, ni siquiera cuando hablamos de metonimias. Tanto “examen de Bachillerato” como “Universidad” se usan metonímicamente. La palabra “Universidad” suele usarse para designar el edificio en que se desarrolla la actividad universitaria. “Ésa es la Universidad Ivan Franko de Lviv”, decimos, señalando el edificio. Si ese edificio dejara de usarse para los estudios universitarios y se destinara a otra función (hospital o gobierno, por ejemplo), eso haría la denominación inadecuada, mostrando que no es el edificio, sino la actividad que se desarrolla en él, lo que hace de algo ser “universidad”, “hospital”, etc.

Metáfora y *metonimia* son pues mecanismos que hacen posible el uso de las expresiones lingüísticas en nuevas situaciones. Lo cual es condición necesaria

para usar un lenguaje. Podemos comunicar porque reutilizamos las palabras en sentido próximo o semejante pero *nunca* idéntico. Una misma cosa no es tampoco la misma temporalmente. Eso es lo que origina también la evolución histórica del lenguaje. No es que algunas palabras sean utilizadas metafóricamente o metonímicamente y otras no. *Todas* las palabras son usadas de una de esas dos formas¹⁵. Expresiones originalmente nuevas y literarias pueden ser reconocibles como metáforas, mientras que la mayoría de las palabras, las palabras usuales, no se perciben como usos metafóricos. Las metonimias pasan más inadvertidas que las metáforas.

Algunos llaman “metáforas muertas” a palabras que se han hecho muy usuales. Pero esa denominación es absurda: ¿cuándo mueren esas metáforas? Todo depende de la percepción del usuario del lenguaje. Casi nadie piensa en que decir “concepto” o “Begriff” es usar el recurso de la metáfora, habitualmente inadvertido como tal, por analogía con “captar” o “agarrar” (*Greiffen*). Y nadie piensa en la “cabeza” al oír la palabra “capitán” o “capítulo”. Lo único muerto en las “metáforas muertas” es nuestro conocimiento de cómo se originó la expresión (cosa que no siempre es posible averiguar) y por qué es utilizable en la nueva situación. Se ha tratado de explicar la metáfora a partir de la expresión metafórica poética o literaria, confundiendo la causa con el efecto. Lo que hace posible una metáfora en poesía o literatura es el mecanismo lingüístico metafórico/metonímico subyacente al uso del lenguaje.

“La lengua se reutiliza y renueva a si misma, sin que nos demos cuenta” (al afirmar esto estoy cometiendo metonimias). La metonimia más corriente es la *hipóstasis*, cuando hablamos de sucesos, acciones o situaciones como si fueran sujetos agentes: “El socialismo está muerto”; “El mercado dirige la economía”; “El dólar subió ayer” (como si el dólar tuviera pies y ascendiese por una escalera). Es imposible hablar sin que la metáfora y la metonimia se hagan presentes. En caso contrario tendríamos que crear palabras nuevas para cada situación nueva y eso impediría la comunicación, que se basa justamente en el reconocimiento de algo como “algo”, con ayuda de la memoria, sin que las palabras se refieran nunca *exactamente* a lo mismo. Veo una mesa que no había visto nunca y utilizo la palabra “mesa”, como adecuada para identificarla, ya que esta mesa —su forma y su uso— me recuerda objetos semejantes. Esto también es una

¹⁵ A las dos formas mencionadas podría añadirse la llamada *sinécdoque*, que algunos identifican con la metonimia. Se trata de la identificación entre la parte y el todo. Vico añadía una cuarta: la *ironía*. Sobre este tema véase mi conferencia en el Seminario de Antropología de la conducta, Universidad de Verano de Cádiz, en 1993: *La existencia de la ironía como ironía de la existencia – una investigación sobre el sentido*, publicado en: *Isegoría*, n.º 25 (2001).

metáfora, la reutilización o traslado de las mismas expresiones. Así, el lenguaje se va transformando poco a poco, añadiendo nuevas palabras y alterando el sentido de las antiguas al usarlas en situaciones en parte nuevas y en parte diferentes. El lenguaje nunca está fijo. Una metáfora es lo mismo que una *narración* o un *ejemplo*, que sacamos a colación para que entiendan a qué nos referimos. Los únicos nombres fijos son los nombres propios (de personas, ciudades, lugares y otros objetos individuales).

LA RETÓRICA, ELEMENTO BÁSICO DE LA FORMACIÓN HUMANA

Las condiciones de la comunicación humana y de la adquisición de conocimientos supone que no podemos hablar ni pensar sin objetivar, sin pensar en algo (exista o no y sea cual sea su realidad), como nos enseña la *fenomenología*. No podemos entender sin dar algo por supuesto. Esto es lo que hace al ser humano dependiente de los signos: sólo podemos entender algo a través de otro algo. Lo cual origina una paradoja existencial: para entender necesitamos dar por supuestos algunos conceptos e ideas Y nunca podremos colocarnos fuera de nosotros mismos o explicar las palabras sin la ayuda de otras palabras. Se ha hablado a veces de la “cárcel del lenguaje”. No podemos huir de esa cárcel sin trepar al otro lado del muro de esa misma cárcel, con ayuda de las sábanas de la misma cárcel. Para hacer que el lenguaje y la comunicación entren en función, no tenemos más remedio que partir de ciertas palabras y conceptos dados. No hay conocimiento humano sin supuestos.

Nuestra sociedad moderna exige, hoy más que nunca, el dominio del lenguaje. Pues si no dominamos la lengua, será ésta la que nos dominará a nosotros. En la política educativa moderna rige como axioma o dogma la opinión de que las dos materias fundamentales de la escuela primaria son las matemáticas y la lengua materna. A lo cual hoy día añaden muchos países la lengua inglesa. Se da por supuesto que sin esos conocimientos básicos no hay posibilidad de llevar una vida normal en la sociedad actual. Yo diría, sin embargo, que lo fundamental para un ciudadano del siglo veintiuno es *el dominio del lenguaje*. Pero ese “dominio del lenguaje” no supone simplemente, a mi parecer, un dominio de las “palabras”, ni tampoco simplemente el dominio de la lengua materna. Por supuesto que hay que dominar la lengua materna y, hoy día, es necesario conocer más de una lengua. Pues en la sociedad en que vivimos, la comunicación más allá de las fronteras es cada vez más imprescindible. Pero no basta con limitarse al dominio de los idiomas nacionales, con su vocabulario y gramática. El dominio del lenguaje a que yo aludo no es meramente al conocimiento del vocabulario, de las

palabras, y de la gramática, sino sobre todo a *la actividad o competencia* que nos ayude a *usar* el vocabulario y la gramática, algo que también se denomina metonímicamente “lenguaje”. “Lenguaje” supone tanto la *actividad* de usar el vocabulario como el *instrumento* para hacerlo, el propio vocabulario. Palabras tan habituales como “lenguaje”, son —como dije antes— ambiguas y equívocas. Hablamos a veces, por lo menos en cierto grado, conscientes de lo que hacemos. Pero también hablamos a menudo como papagayos. Lo importante y decisivo es, sin embargo, *lo que hacemos con* las palabras, cómo las construimos o elegimos y cómo las usamos. Esto es a lo que yo me refería cuando hablaba de la necesidad de dominar el lenguaje. Hay pues que ser consciente y crítico del uso de esa palabra central: “lenguaje”.

La materia de estudio cuyo fundamento y finalidad es enseñarnos a hacer uso del lenguaje se llama Retórica y se *inventó* ya en la antigüedad griega, cuando algunos eruditos comenzaron a *descubrir* cómo se utilizaba el lenguaje para obtener fines de una u otra índole en una u otra situación. Pues si bien todo ser humano es espontáneamente retórico, ese hábito humano natural puede teoretizarse, como dice Aristóteles al comienzo de su tratado de Retórica, y convertirse en objeto de una disciplina de aprendizaje y estudio. Fue nuestro compatriota Marco Fabio Quintiliano quien vio claramente el valor de la Retórica en la educación.

Durante la Edad Media se consideraba a la Retórica todavía como una materia básica, una de las tres que constituía el llamado *Trivium* (Retórica, Gramática, Dialéctica). Pasado el tiempo cayó sin embargo la Retórica en desgracia, considerándose como un arte de “salirse con la suya”, por medio de diferentes trucos o técnicas. Con ello se renunció al estudio y consideración de aquello que es más fundamental en nuestra vida social y por ende en nuestro desarrollo personal. El conocimiento de la Retórica se ha dicho que sirve para aprender a engañar. Aun si la Retórica sólo fuera eso, sería necesario que todos la aprendiéramos a fondo, para no ser engañados y para saber desentrañar las intenciones y entrelíneas que acompañan a toda expresión lingüística. Pero la Retórica supone más que una mera arma defensiva. La Retórica es el arte de la expresión en su doble sentido: arte de *expresarse* y medio de obtener un *resultado* adecuado. Como tal es ésta necesaria en la formación del ciudadano moderno que pretenda ser dueño de su propio desarrollo personal.

La Retórica debería ser la asignatura primaria más importante, ya que de su conocimiento depende la expresión de todo lo humano, incluida la actividad científica. Pero, en lugar de mantener viva la conciencia de este valor, la filosofía y la política educativa hicieron de la Lógica, del instrumento que usa la ciencia positiva para sus cálculos, el paradigma del pensar correcto en todos los campos.

Es hora de que comencemos a desenmascarar una ceguera secular. Nuestra ciencia y nuestra técnica han hecho avances espectaculares y nos han ayudado a resolver problemas materiales y a dotar a muchos seres humanos de un estándar de vida más elevado. Todavía nos queda, sin embargo, mucho que aprender para que funcione la sociedad como es debido. Pues todo aprender y todo saber se alcanza por la vía del lenguaje.